

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
2 de Marzo de 1889
NÚMERO 22.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

CARNAVAL

Mañana estará entre nosotros.

Esta es una institución que se va cada vez más aprisa; pasan los años dejando sobre él una sombra de melancolía más espesa con el paso del tiempo, y sólo quedará de él su aspecto más simpático: el Carnaval de los niños.

Casi con la seguridad de no equivocarse puede decirse hoy que, debajo de cada careta, hay un tonto ó una aproximación de tonto.

Alguna vez debajo del antifaz hay una mujer bonita.

Y es la única ocasión en que el Carnaval deja de parecer melancólico y moribundo.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



DIARIO CÓMICO

Del 24 de Febrero al 2 de Marzo.

Una de las industrias más productivas en estos tiempos es, sin duda alguna, la de los *Restaurants*.

No hay acontecimiento político, artístico ó literario, que no se solemnice con su correspondiente *gaudeamus*.

En la semana que acaba de transcurrir se han celebrado tres banquetes.

En Madrid, en honor del maestro Bretón.

En Sevilla, para festejar á Julián Romea.

En Gracia, en acción de ídem, por no se qué ídem, que ha concedido á ídem el gobernador de Barcelona.

En todos se han pronunciado, *¿y cómo no?* entusiastas brindis.

En el de Gracia hubo una novedad.

A los postres se leyó la biografía del agasajado.

Como gracia.

Para esas cosas allí.

En Gracia.

La biografía fué aplaudida.

Y comentada.

No sabemos si estaría encuadrada.

Pero dicen que tenía la gracia de Dios.

Que cunda el ejemplo.

Eso de los discursitos apologéticos y los versitos laudatorios, era ya muy poca cosa.

De hoy en adelante, ya lo saben los organizadores de estas fiestas:

Lectura de la biografía del agraciado y su árbol genealógico colocado en un cuadro en el testero del salón.



Y su escudo de armas, si lo tiene.

Y el retrato no estaría de más.

Digo yo.

Ha fallecido la opulenta señora marquesa de Guadalcazar, dejando una fortuna colosal.

En uno de los armarios de su cuarto se han hallado, entre encajes, lazos antiguos y prendas desechadas, 90.000 duros en billetes de Banco.

Así lo cuenta un periodico.

Tal vez, ni recordaría
al morir que los tenía.
¡Dios aumente esas fortunas!
¡Cuántos pobres aquel día
se habrán quedado en ayunas!



Un inglés, James Brown, se ha casado en cinco años con 33 mujeres.

Este valiente partidario de la poligamia, ha sido llevado ante los tribunales por varias de sus abandonadas esposas.

El sistema empleado por el intrépido inglés era muy sencillo.

Anunciaba en los periódicos que necesitaba una criada; se presentaban varias, escogía entre las más guapas la que tuviera algunos ahorros, la admitía, al poco tiempo se casaba con ella, y á las

cuarenta y ocho horas abandonaba el tálamo conyugal y la población, llevándose los cuartos de la víctima.

Hoy de la engañada grey
sufre la persecución,
y caerá sobre el bribón
todo el rigor de la ley.
Le aguardan horas muy negras:
pero el castigo, en verdad,
era darle libertad...
¡y entregárselo á sus suegras!

Comparsa que visitará Madrid estos carnavales.

La del *Niño de Brenes*, de Sevilla.



Hay billetes falsos de veinticinco pesetas.

Es decir, eso dicen.

Nosotros no hemos podido comprobar la noticia.

Ni era fácil que notáramos la diferencia.

La falta de costumbre.

Pero, en fin, bueno es que ustedes lo sepan, por si acaso.

Aunque hay tan poca gente que tenga ya billetes, que resulta inútil la advertencia.

En Valencia han contraído matrimonio dos buenas personas, de ochenta y ochenta y dos años, al *respetive*.

A la puerta de la iglesia les esperaba una tartana, que los condujo á la estación, saliendo en el tren correo á efectuar su viaje de boda.

¡Oh, la luna de miel!

¡Que así ante el amor se inmole
la juventud y la fe
y tomen á escape el tóle!
¡Vengan gastos! ¿Y con qué
mantendrán luego la prole?



Me da el Director dos libros para que hable de ellos.

Leo en la cubierta de uno: *B. Pérez Galdós*, por *Clarín*, y al ver este nombre leo de corrido...

¡Bien por *Clarín*! No es fácil hacer el retrato del *hombre*, sin olvidar al *novelista*, mejor que lo hace nuestro colaborador, á quien no llamamos *distinguido* por no repetirnos.

Y si además les digo á ustedes que el folleto no vale más que una peseta, que lleva un excelente retrato de Galdós y una reproducción de la primera cuartilla de su novela *Miau*, no dudará nadie de que el librito se venderá como yo deseo.

Como pan bendito.

El otro libro es un derroche de retratos, actualidades, vistas, *monos*, acuarelas y fotograbados, sin contar el texto, discretísimo y encantador.

El libro es *La vida en Madrid*, de Enrique Sepúlveda, ilustraciones de Comba. Yo no recuerdo los elogios que el año pasado se hicieron del tomo correspondiente á 1887; pero pongan ustedes que los repito con mucho gusto, y que firmo debajo.

Porque si aquellos elogios fueron justos, no lo serían menos aplicados á *La vida en Madrid* de 1888.

Leo: «La noche del 16 al 17 del actual sorprendió la policía de Belgrado un Club, en el que se reunían personas pertenecientes á la mejor sociedad, y en donde se practicaban actos inmorales.

»Aquel Club era el punto de cita del mundo elegante de Belgrado, y á él concurrían las damas de los más altos dignatarios de la corte.»

¡Zape!

¿Con que unos personajes principales
que practicaban actos inmorales
con damas de los altos dignatarios?...
¡Pues aquí están demás los comentarios!

E. NAVARRO GONZALVO



PALIQUE

Pocas cosas, tal vez ninguna, podían habérsele ocurrido al Liceo Artístico y Literario de Granada tan oportunas y dignas de alabanza como la coronación de Zorrilla.

Creo que todos los que tenemos por oficio—pícaro oficio—el muy arrastrado de ir convirtiendo un hilo intermitente y tortuoso de tinta en pesetas ó perros chicos, según los posibles de cada cual (estilo *gongorino*, de los gongorinos nuevos, que además de serlo no saben gramática); digo que todos los que somos, como si dijéramos, los *aguadores* de la tinta fina de escribir, que llevamos de casa en casa y metemos por debajo de las puertas los partos de nuestro ingenio, estamos (y ya pareció el verbo de la oración principal) en la obligación de propagar un día y otro, en cuantos papeles sean de nuestra incumbencia, la buena noticia y el buen propósito de la coronación pública, solemne, nacional de D. José Zorrilla, el Pepe más glorioso que conozco.

Hace bastantes años tuvo el honor el que suscribe de proponer al ilustrado público algo de lo que se va á hacer ahora: llamábalo, aunque es claro que el nombre era broma, un *centenario* en vida; y el ilustre poeta, que es modesto de verdad—*mème trop*—tuvo la bondad de escribirme una cariñosa carta en que rechazaba la idea, fundándose en sus *pocos merecimientos* y además... en el miedo á la acumulación de muchos españoles.

Fijábase en la observación sociológica, llamémosla así, muy puesta en su punto, de que cuando se reúnen muchísimos ciudadanos para celebrar algún acontecimiento de interés general, ora religioso, ora político, ora económico, ora artístico, suelen quedarse sin reloj algunos de ellos, y hasta no suelen faltar puñaladas repartidas entre el concurso. Estos temores de Zorrilla, en general dignos de ser tenidos en cuenta, no deben preocuparnos ahora, pues es de suponer que los *ratas* se abstengan, siquiera sea por patriotismo, de asistir á las fiestas de Granada.

No espero yo otro tanto de los poetastros, que, aunque se dicen amantes de las letras patrias, son unos egoístas, y ya estarán á estas horas afilando la lira, ó sea navaja barbera.

O mucho me engaño, ó la literatura, como se llama aquí á cualquier cosa, va á contribuir, en cuanto de ella depende, á echar á perder esta magnífica fiesta nacional.

Zorrilla, Granada, la Alhambra, son cosas muy poéticas; pero por lo mismo muy serias y muy dignas de respeto.

Hace falta mucha formalidad y no dejar meter baza á cualquiera. Si todo el mundo se va á meter á hablar de la cuesta de los Goméles ó Gomeres, y de la Torre Bermeja, y del Generalife, y del Albaicín, y del Zacatín, no se va á poder parar en Granada.

Fíjense ustedes en que la Alhambra está muy delicada. La

arquitectura árabe es lo que tiene; es fina de nervios, no recia de músculos, y entre la intemperie y los rípios la lamen, la lamen, y dan en tierra con ella en seguida, *non vi sed soepe cadendo*. La Alhambra tiene sobre sí muchas generaciones de quintillas malas, casi tantas como la luna, que así está de pálida y anémica, y con la mayor facilidad se desmorona á poco que me la apostrofen y *prosopopeyen* los vates que se han de hacer ahora los andaluces.

En España abunda lo que yo llamaría el jándalo de las letras. Así como hay el jándalo de la pintura, que es el que se cree un Murillo y un representante genuino de la escuela andaluza con todo su valor, vida, etc., en cuanto pinta un cielo de paño azul para la tropa y una mala mujer tocando la guitarra. El jándalo de las letras es ése, el de la cuesta de los Goméles ó Gomeres, y el Zacatín y el Albaicín, y hasta del paseo de la Bomba, si es *modernista*. ¡Fuego en ellos y no dejarlos entrar en Granada en todo lo que falta de año, para seguridad de los forasteros inofensivos! Hay que advertir que Zorrilla, que es un gran poeta, el poeta *oriental* por excelencia entre los hombres de Europa, según prueba *La Nueva Antología*, de Roma hablando de él en su último número, Zorrilla el oriental es cosa perdida en materia de carácter y entereza para rechazar á los importunos. Es un gran monumento árabe, una gran mezquita que se deja invadir por todos los mochuelos y vencejos públicos del mundo. Es probable que cuando el admirador desinteresado se acerque al gran monumento, salgan de sus cornisas, *alicatados* y demás relieves y agujeros de hacer mezquitas, catedrales y rípios, más pajarracos que salieron de la cueva de Montesinos cuando la visitó D. Quijote.

No hace muchos días decía el insigne poeta en un alejandrino:

Ferrari, Núñez de Arce, Shaw, Campoamor, Velarde.

Aparte de la culpa que les cabe á Núñez de Arce y á Campoamor en esta horrorosa confusión, por haber ellos incurrido en otras por el estilo, por ello se ve claramente que si nos fiamos de la bondad de Zorrilla no nos vamos á librar de Goméles, Albaicines y Zacatines.

Todo español, en cuanto tenga un poco de receo, ó lo sepa fingir, se va á creer llamado á cantar en el mismísimo mirador de Lindaraja.

Afortunadamente, mi amigo el Sr. Sellés, gobernador de Granada, sabe el trabajo que cuesta hacer versos buenos, y se valdrá de su autoridad poniendo en vigor la ley famosa de 21 de Abril, ó la tan conocida de Platón respecto de los poetas. De otra parte, nos exponemos á oír hasta el *suspiro del moro...* de Ferreras.

CLARÍN.

DESDE EL BOULEVARD

Al Sena se le han hinchado las narices y se ha salido de madre.

Si la crecida, de padre y muy señor mío, sigue en la proporción observada desde hace diez días, estamos expuestos á que el agua salte por encima de los puentes y se nos meta en el mismo boulevard.

Entonces se convertiría París en una gran Venecia y tendríamos el gusto de pasear en góndola.

Algo de esto ha sucedido en varios arrabales.

En Auteuil se ha inundado todo el muelle, que está bordeado de casas, y cuyos habitantes se han visto obligados á establecer un servicio de barcas para poder acudir á sus ocupaciones y procurarse la indispensable alimentación.

En Asnières ocurre lo propio; el agua ocupa la calle mayor del pueblo y todas las cuevas de las casas.

Los vecinos de estas localidades entran y salen de casa por la ventana, lo cual no deja de ser higiénico para los que padecen del pecho y del corazón y se fatigan subiendo las escaleras.

—¡Cuántos perjuicios ocasionará esta crecida! exclamaba ayer un caballero gordo y de aspecto bonachón, contemplando el río desde el puente de las Artes.

Y otro señor, cuya nariz parecía una remolacha cocida, le respondía pensativo:

- Con una ligera diferencia, esto sería delicioso.

—¿Cómo?

—¡Figúrese usted que todo eso fuera vino! ¡Yo me echaba al Sena, y estaría como el pez en el agua!

Si llegara el caso de circular por París en barca, quedaría resuelta la cuestión de los cocheros.

Estos apreciables seres—que cierto naturalista colocaba en la escala zoológica entre el hombre y el picador—han celebrado una reunión en la sala Wagram para discutir sus intereses amenazados.

¡Quinientos y pico de automedontes! ¡Aquello parecía un arca de Noé!

Se abandonó el proyecto de huelga general. Esto es de sentir, porque siquiera los días que durase la huelga estaríamos seguros de volver á casa vivos. Mientras tanto, ó estamos expuestos, si vamos á pie, á ser aplastados por estos *dictadores* del pescante, ó á morir románticamente asfixiados por el óxido de carbono que desprenden los calentadores de sus *citadines chauffées*.

Los cocheros se quejan de que no ganan nada. ¡Pobrecitos!

Todo, según ellos, se lo llevan las Compañías propietarias de los *sapins*, á los que tienen que dar de quince á veinte francos diarios por el derecho de conducirnos al otro barrio en una de las formas que he indicado, á más de los insultos con que nos obsequian si la propina no les parece suficiente. Lo cual que siempre les parece pequeña.

Pero, ¡oh prodigio! Una de las soluciones propuestas en la sala Wagram, y aceptada casi por unanimidad, es la supresión de las propinas.

¿Puede pedirse más á un simón?

Quieren un salario fijo, una tarifa kilométrica y ¡nada de propinas!

Delicadeza que nunca elogiaremos bastante, sobre todo en vísperas de la gran Exposición.

Lo de la tarifa kilométrica es grave para el desdichado que caiga en París por primera vez.

Figúrense ustedes un cándido provinciano que desembarque en la estación de San Lázaro, se haga conducir á un hotel de la

CARNESTOLENDAS



(Entre dos niños de Villabrutanda:)
 —Como nos *divertemos*, ¿eh?
 —¡Anda; miá tú que si nos viera madre, lo que nos «dara...»



¡La fija! El Carnaval pasado... curda; este año... curda también, y el que viene... pues lo mismo, curda.



—¿No me conoces, barbián?
 —No, pichona.
 —Anda, tontón; tú me has vendido azafrán, y azúcar, y pimentón...
 —(¿En qué me conocerán?)



—Oiga usted, joven; bailamos, cenamos, y luego...
 —No puede ser. ¿Y mamá?



—Este detalle no se paga con ningún dinero:
¡Treinta y un pelos en el párpado superior y
veintitrés en el inferior!



—¿Sabe usted, D. Próspero, que los amantes
de Teruel no debían amarse tanto como dicen?
En toda la noche ha dicho Isabel, monín, pi-
choncito mío, pichichi, ni otras muchas cosas
que nos decimos los amantes.



—Anda, monín, cómpramelo. ¿Para ti qué
son cuarenta duros?
—Ochocientos reales.



Uno que va disfrazado de turco, aunque no
lo parece.

calle de la Pépinière, pongo por caso, y después de ser paseado una hora y pagar diez kilómetros de recorrido, se encuentra, cuando salga de casa, con la propia estación de San Lázaro á la vuelta de la esquina.

Será para él una emoción superior á la que le produzca la torre Eiffel.

Y á propósito de la famosa torre. Para la primera semana de Marzo dicen que llegará á sus 300 metros.

Ya tiene doscientos noventa, y crece próximamente uno cada día.

La crecida del Sena está perjudicando bastante á las muchas construcciones de la futura Exposición, situadas en la misma orilla.

Entra éstas se halla el palacio de España.

Las fundaciones comenzadas de este edificio se encuentran sumergidas por completo.

Por retrasados, nos quedamos sin sitio en la galería de máquinas, lo cual ha sido irreparable.

Por retrasados, nos quedamos sin sitio en el palacio de sustancias alimenticias, y para reparar este perjuicio, se nos concedió terreno para edificar un pabellón destinado á este importantísimo ramo industrial de nuestro país.

Y por el eterno retraso no se empezaron las obras de ese palacio hasta la época natural de los desbordamientos del río.

Ahora estamos con el agua al cuello.

Sigamos con los retrasos y haremos la triste figura ante Europa entera, después de haber sido, de los países europeos que no concurren oficialmente, de los que hemos contado con mayor subvención de nuestro Gobierno para concurrir.

Los españoles que lejos de la patria vemos de cerca estos resultados, no podemos menos de sentir honda pena y hablar clarito y duro, á ver si nuestras palabras no se pierden en el desierto.

En tanto que llega la gran Exposición. entramos en el período anual de las Exposiciones parciales.

Ya hemos tenido la de la Asociación de pintoras y escultoras.

Había en ella algunos cuadros notables, los menos.

La pintura al pastel es una de las especialidades artísticas de Francia.

SAN MIGUEL

El marqués de la Real Merced solía tener algunos ratos de expansión con sus amigos del Casino. Formaban éstos una pía de veteranos de la diplomacia, con el Almanaque de Gotha por Biblia, y cuentos íntimos de todas las cortes europeas para solaz de sus forzados ócios. Casi todos ellos eran calvos aristócratas, gruesos, míopes y saludables; sus cuerpos pedían, en vez de *burguesas* levitas, casacones bordados: y sus almas, en vez de tratados de comercio, intrigas palaciegas y sonrisas de príncipes.

Y el marqués de la Real Merced decía á sus amigos: «Eulalia es una Santa. Todos vosotros habéis conocido á la Marquesa en su juventud y admirado su carácter alegre y decidor y aquella risa constante que repartía salud y contento en torno suyo. Bien os acordais de la tarde en que, paseando una persona de la familia real por las alamedas de Aranjuez, oyó salir de entre los arbustos un ruido fresco, armonioso, continuo, que le hizo exclamar: O por aquí hay una fuente ó es que se ríe la marquesa de la Real Merced. ¡Pobre Eulalia! ¡Cuánto tiempo hace que la risa ha desaparecido de sus labios!...»

Todos los compañeros del Marqués bajaron conmovidos la cabeza.

Y el Marqués continuó: «Tiene Eulalia en un medallón una preciosa miniatura representando á San Miguel Arcángel. Está el noble capitán de las milicias celestiales en su traje de guerra, desnuda la espada, altiva la frente y victoriosa la sonrisa. Eulalia jamás aparta de sí este medallón; creo que es un recuerdo de su madre; no lo sé, pero dudo muy mucho que el vencedor Arcángel haya tenido devoto más fiel que la

— ¡En esta Exposición femenina hemos visto cada pastel!

Se notaba con sentimiento la ausencia de Magdalena Lemaire en este concurso.

Esta delicadísima artista, de cuyo talento hay muestra seguramente en España, en las acuarelas que ilustran algunas publicaciones recientes, el *Abate Constantino* entre otras, no forma parte de la *Asociación de pintoras francesas*.

Verdad es que la Lemaire pinta para el público inteligente, y la mayor parte de las *miembras* de esa Asociación parece que pintan para casa de los padres.

También hemos tenido la Exposición culinaria en Grenolle.

Los cocineros y reposteros han hecho prodigios, y hemos tenido ocasión de ver allí algunos pasteles de mejor aspecto que los de las pintoras.

Entre los primeros premios, figuraba una Catedral hecha con caracoles de Borgoña, y un paisaje de los Alpes, de manteca de cerdo, con un sentimiento del *natural*, que el mismo Alberto Wolf hubiera calificado de *derriere les fagots*.

Por último, en el Palacio de la Industria, la Sociedad de Agricultura ha celebrado el concurso anual de animales gordos.

Entre los ejemplares vivos había bueyes jóvenes que honraban á sus criadores.

Carneros con gabán de pieles que hubieran envidiado nuestros primeros empresarios y algún exministro.

Aves muertas con unas piernas que ya las hubieran querido muchas bailarinas.

También había no pocos compañeros de San Antón, de muchas libras.

El primer día de Exposición se adjudicaron los premios.

Coincidencia curiosa: el primer premio para el puerco, su *único ejemplar*, ha correspondido... al hermano Bertrandus.

¡Un fraile!

¡Luego hablarán de la injusticia de los jurados!

Hay quien anuncia un nuevo libro de Zola, titulado *Le frere Bertrandus*, cuya publicación le abrirá por fin las puertas de la Academia.

BLASCO.

Paris 28 Febrero 89.

ARCÁNGEL

Marquesa. Se encomienda á él besándole amorosamente por la mañana, rézale varias veces durante el día, contéplale con místico arrobamiento á cada instante, y ¡cuántas noches, fatigada por el insomnio, coge el medallón en sus manos, y en dulcísima conversación con el celeste Capitán le sorprende á la infeliz el dial ¡Eulalia, amigos míos, es una santa!»

Y el Marqués entornó los párpados como para ver á su querida esposa con un nimbo de luz y rodeada de cabecitas de ángeles.

«El cambio de su carácter ha debido obedecer, yo, por lo menos, así lo creo, á un susto terrible, á una fuerte y desagradable impresión. Os contaré lo ocurrido, y seguramente reconoceréis que no puede ser otra la causa. Estaba yo de primer Secretario de la embajada de Paris, y Eulalia, por precepto facultativo, tuvo que regresar á España y establecerse en Málaga, cuyo dulce clima convenía á su delicada salud. Compramos un hotelito con un jardín, cerca de la población, y allí la dejé para volver á encargarme de la Secretaría. Dos años estuvimos separados; pero cuando me dieron la Legación de Viena, aproveché el mes de licencia que me concedían para reunirme con Eulalia. Pues bien; el día antes de llegar yo á Málaga, sucedió en el jardín del hotel una cosa terrible.

«Fué que un calavera, un jugador... Sánchez del Olmo, que era capitán de artillería, chico de buena casa, pero muy mala cabeza, perdió en el Casino no sé cuantos miles de duros; ello era una enormidad, y viéndose comprometido, porque parece que andaba por medio la caja del regimiento... en fin, que salió desesperado de la población, entró en el jardín de nuestro hotel, cuya verja estaba desgraciadamente abierta, se sentó en un banco, sacó un revólver del bolsillo, apoyó la boca del cañón en





la sien y se disparó dos tiros. Al oír la detonación salió del hotel la Marquesa, y ¡figuráos qué espectáculo! el pobre chico, según me dijeron, estaba horrible, toda la cara ensangrentada, las sienes deshechas... ¡atroz!

Dióle á Eulalia un síncope... dicen que cayó como muerta y que tardó tres horas en volver en sí... yo la hallé al siguiente día como si hubiera pasado una grave enfermedad... se apoderó de su ánimo una profunda tristeza, tenía pesadillas por las noches... se puso mortal. Me alarmé muchísimo... por fin, fué lentamente recobrando su salud... pero desde entonces no se ha vuelto á reír. ¡Demonio de chico! ¡bien podía haber elegido otro sitio para suicidarse! En fin, que Dios le haya perdonado; era de los Sánchez del Olmo de la Montaña, buena familia, un poco calaveras... todos ellos han concluido así.» Hasta aquí el Marqués.

Y mientras esto decía el Marqués á sus amigos del Casino, la Marquesa... ¡qué hermosa debió haber sido aquella mujer! Sentada junto á una mesita de laca, en la que había una lámpara, cuya suave luz apenas hacía más que acariciar la oscuridad del gabinete, ya se llevaba el medallón á los labios, ya fijaba sus hermosos ojos en unas arrugadas cartas, ya se quedaba contemplando terciamente la oscuridad é iban cayendo al mismo tiempo por sus mejillas majestuosas y serenas lágrimas. Cogió una de las cartas, y con voz muy ténue, salida del pensamiento mejor que de los labios, leyó las siguientes frases, más fijas aún en su memoria que en el papel donde fueron escritas:

«Es imposible, Eulalia, que cumpla lo que ayer te ofrecí. No puedo, no puedo consentir que nuestro amor termine; yo sé que con la continuación de nuestro cariño peligraría tu honor... pero ¡si yo te adoro! No; no lo he pensado mucho, déjame; ¿para qué he de vivir? Disfrazaré también los motivos que me impulsan á la muerte, que nadie sospechará... Esta noche, por Dios, no me hagas esperar ¡será la última de nuestro cariño! ¡qué hermosa noche! todo el placer del amor y toda la tristeza de una separación para siempre... Te llevaré mi retrato, que está ya concluido. Dios me perdonará el haberme hecho pintar, como pintan á San Miguel Arcángel; pero así no podrá comprometerte mi triste efígie y tendrás un retrato mío y un santo más en tu guarda, ya que mi desdicha ¡aún no me deja... No; ¡es inútil que te disfrace mis sentimientos! Estoy llorando como un muchacho. Hasta la noche, á las nueve en punto; que no tarde Luisa en abrir la verja. ¡Te quiero tanto! Adiós.—Sánchez del Olmo.»

Aún estaba la Marquesa saboreando la dulcedumbre de sus recuerdos, cuando una doncella le anunció el regreso del Marqués. Eulalia guardó sin apresurarse las cartas y dejó el medallón de San Miguel Arcángel encima de la mesa. El Marqués acercóse á su esposa, preguntándole cariñosamente: ¿Cómo te encuentras esta noche, hija mía? Después, sentándose al lado suyo, contóle para animarla los sucesos más notables ocurridos aquellos días en la corte, y llegada la hora en que solía retirarse á sus habitaciones, como muestra de respeto á la devoción de la Marquesa, cogió el medallón de San Miguel Arcángel y fué á estampar un beso en la noble faz del capitán celeste.

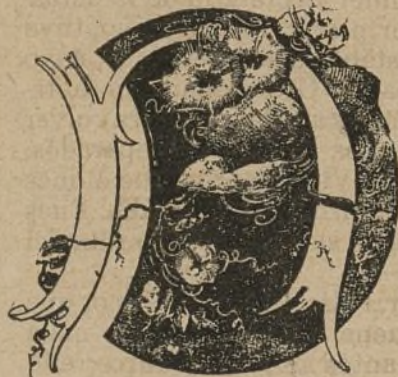
Alzóse al verlo la Marquesa de la butaca, y temblando de emoción, pero con voz enérgica y segura, dijo deteniéndole el brazo: «¡No, no, no!»

El Marqués no pudo contener un gesto de sorpresa; mas recobrando en seguida su serenidad, dejó precipitadamente el sagrado medallón sobre la mesita de laca.

Y al retirarse á sus habitaciones iba diciendo: «¡Ni siquiera permite que besen al Arcángel más labios que los suyos!» ¡Pobre Marquesa! Decididamente tenía razón el que dijo que en la devoción de las mujeres hay siempre mucho de idolatría.

JOSÉ DE ROURE

Baturrillo.



o lo sé de fijo; pero por ahí se dice que el Sr. Velarde ocupará el sillón que dejó vacante en la Academia D. Antonio Arnao (q. e. p. d.). También he oído decir que doña Emilia Pardo Bazán será quien sustituya al autor de las *Gotas de rocío*, lo cual sería una honra para la Academia. Pero recuérdese lo que ha pasado con Galdós. Yo no sé si el Sr. Velarde tendrá méritos suficientes para entrar en la asendereada Corporación oficial de la Lengua. Cuando entró Commelerán, por el mero hecho de saber declinar *musa, musæ*, bien puede entrar Velarde, que, si no es un poeta de fuste, tampoco es un zoquete, ni mucho menos. Claro que

Cañete le pone por las nubes; pero Cañete no sabe lo que se dice, y eso que cita á Zola á menudo.

La Academia estará todo lo desacreditada que se quiera (¡vaya que si lo está!); pero yo noto que todo el mundo casi quiere ser académico, incluso aquellos que para nada lo necesitan. La gente que menos falta hace en la Academia son los literatos. Con menos literatos y más hombres científicos acaso no hubiera resultado tan defectuoso el último Diccionario... que es deplorable, la verdad por delante.

Los más de los literatos no saben una palabra de derecho, ni de fisiología, ni de química, ni de botánica. Véanse las definiciones científicas del léxico oficial, última edición ¿Cómo se ha de definir con claridad y exactitud lo que no se conoce? Cada vez que pienso en los académicos (y pienso muy de tarde en tarde), me viene á la memoria aquel saladísimo artículo de *Figaro* «D. Timoteo ó el literato.» Si, los académicos tienen fama de ser unos Licurgos, y resulta que no saben de la misa la media.

Valbuena, á vuelta de algunas exageraciones y acrimonias, les ha probado que ignoran el significado de las voces más usuales, ó, por lo menos, si no le ignoran, le trabucan y confunden. Y, á pesar de estas críticas, en el fondo justas y discretas, aún hay quien desea ardentemente figurar entre los *inmortales*.

Pasa con los escritores originales que se hacen académicos, lo que con las mujeres hermosas que se casan, que pierden la frescura, la gracia y la esbeltez de las formas. Y así como el matrimonio impone á la mujer sagradas obligaciones, por ejemplo, la sumisión y fidelidad al marido, la Academia impone su criterio rancio al escritor, sometiéndole á la despótica servidumbre del pensar y del sentir oficiales. Es perder el tiempo buscar en los escritos académicos la circulación de la sangre, la savia de la originalidad, la audacia del pensamiento, las expansiones de un corazón que late sin hipocresías ni cortapisas, los arrebatos del dolor humano, los gritos del sensualismo; en una palabra, la explosión de la vida psíquica y fisiológica en todas sus manifestaciones. Representan en el arte el vetusto clasicismo, así en el fondo como en la forma; el retroceso ideológico y morfológico el empantanamiento de la vida intelectual. Si escriben comedias las subordinan á un fin moral, á la manera de Moratín; si se echan á novelistas, no aciertan á pintar pasiones ni á bosquejar siquiera un carácter; si presumen de poetas líricos, garrapatean odas sexquipedales, imitando á Horacio, elegías y silvas calçadas en las de los líricos del siglo XVI y XVII. Quieren ser castizos y resultan arcaicos y pedantescos; pretenden ser sobrios y floridos y resultan secos, espartosos y vulgares. Ya se sabe: al hablar de unos ojos femeninos, los comparan con los luceros; al hablar de una boca, con la amapola; de un talle gentil, con el junco; de unos cabellos rubios, con los rayos del sol, etc. No saben ahondar en la naturaleza: una descripción clásica del campo recuerda esos paisajes cursis que figuran en algunas cajas de pasas ó de tabacos. La emprenden á ripio limpio con los arroyos, con las flores que nacen á sus márgenes, con las selvas *tupidas*, con los montes *escarpados*, con las estrellas y la luna (con la luna sobre todo), la *casta luna*, castidad de la cual se burlaba, si mal no recuerdo, Byron, en su *Don Juan*.

¿Son críticos? Pues juzgan con la retórica en la mano, sin tener en cuenta para nada los adelantos y transformaciones del arte; mucho citar á Horacio y á Boileau y recomendar á los principiantes la *asidua lectura* de los clásicos antiguos. Para ellos la moderna literatura francesa no vale un grano de anís. Zola es un indecente, un novelista pornográfico. Esa *Tierra* (que, dicho sea de pasada, se está publicando en París con excelentes ilustraciones), es un montón de porquerías, de inmundicias, capaces de enrojecer á un carromato. Demás está decir que hablan por boca de ganso, porque ellos no leen á Zola. La antipatía que profesan á Daudet está justificada hasta cierto punto. ¿Quién, si no el autor de *Safo*, les ha dado el golpe de muerte, la puntilla, como si dijéramos?

No tengo para qué decir que no todos los académicos son dignos del eterno desdén. ¿Cómo he de meter en la colada á Valera, á Campoamor, á Menéndez Pelayo, á Echegaray, y tantos otros que son honra y prez de las letras castellanas! Mi crítica, mi sátira, ó lo que sea, va contra los Cañetes, los Guerra y Orbe, los Chestes... Y á propósito de Chestes: ¿Han leído ustedes la oda que publica este señor en *La Ilustración Española*, contra el amor puro, el amor profano? Declaro que cuando leí aquellos esdrújulos disparatados, sentí la tristeza que se siente cuando se ve á un hombre en ridículo, es decir, á un hombre que, presumiendo de serio y formal, opina que se están riendo de él.

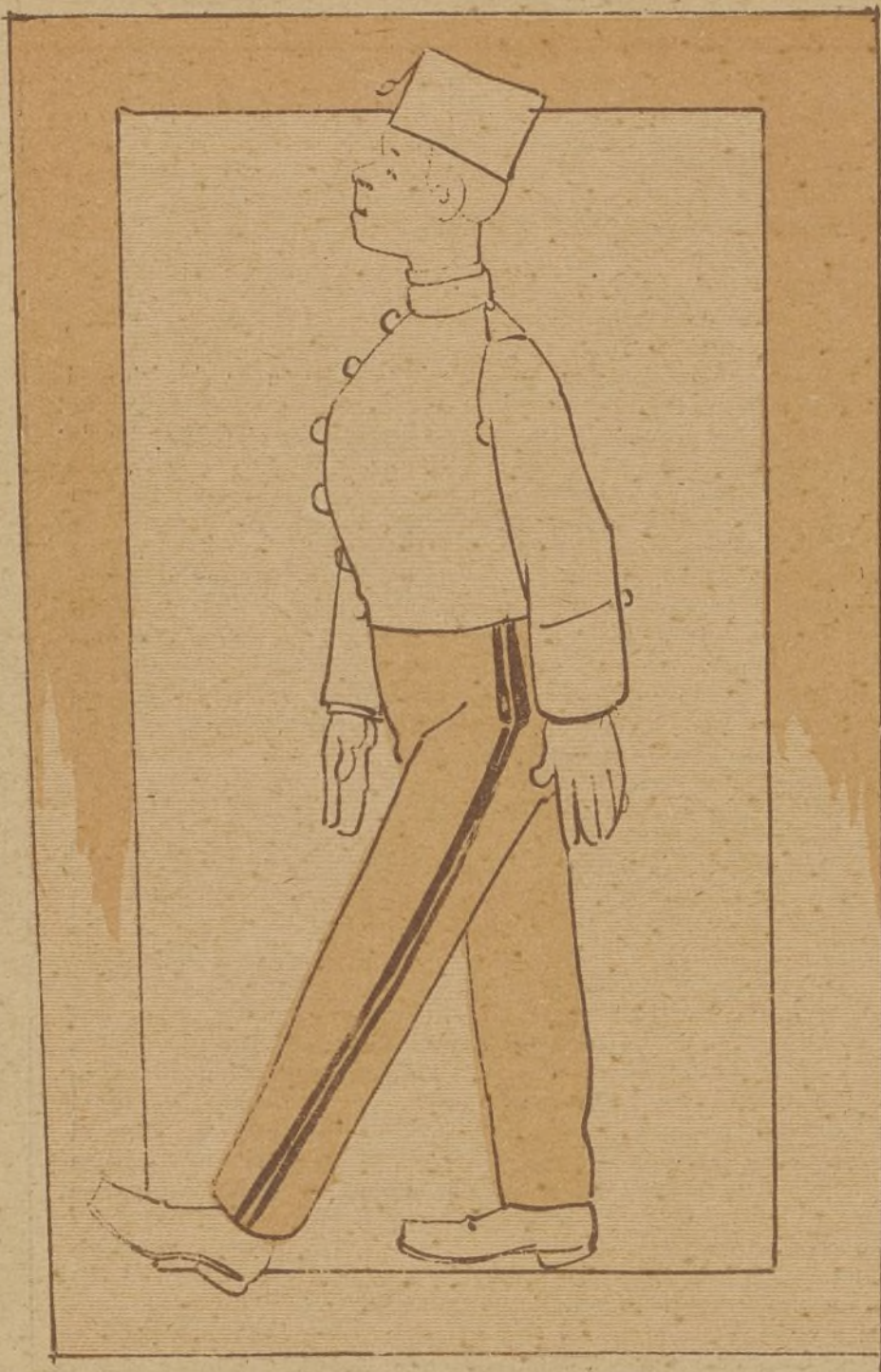
Por supuesto que Cañete, al hallarse con Chestes en la Academia, le habrá dicho:

—He leído su oda en *La Ilustración*. Eso es hermosísimo. ¡Oh! ¡Usted es un gran poeta!

Y así viven los académicos: engañándose los unos á los otros. ¡Los pobres, que Commelerán les sea level!

FRAYCANDIL





Así lo manda la Ordenanza.



Y así se cumple.

ALMANAQUE CUPIDINESCO

Año IV. **PARA 1889** Año IV.

ESCRITO POR

J. DE BURGOS, J. DE LAS CUEVAS, JUAN DE DIOS, J. DICIENTA, J. ESTRANI,
J. ESTREMER, C. FERNÁNDEZ SHAW, C. GIL, F. A. DE ICAZA, FIACRO IRÁYZOZ, F. LIMENDOUX, E. NAVARRO GONZALVO,
C. OSSORIO Y GALLARDO, E. DE PALACIO, J. PÉREZ ZUÑIGA, L. PORSET, F. SALÁZAR, E. SIERRA, E. TORROMÉ,
Y OTROS ESCRITORES

132 ILUSTRACIONES

De Cilla, Cuchy, Pons, L. Palatín, y otros artistas.

CUBIERTA AL CROMO

EN 12 COLORES

UNA PESETA

Este **Almanaque** se regala á todos los suscritores á **Los Madriles**.

Se vende en todas las librerías de España, Ultramar y Estados hispano-americanos, y en todos los puestos y kioscos donde se expende **Los Madriles**.

Se remite á provincias franco de porte, acompañando su valor en sellos al hacer el pedido á la Administración de este periódico.